

Vuelta de hoja/Aldemaro Romero Díaz

El futuro es ahora

MUCHO ANTES DE QUE nos demos cuenta, el número mágico del año 2000, se nos vendrá encima con multitud de preguntas referentes a lo que hemos logrado hasta ahora y lo que queremos lograr para entonces.

Si bien todos sabemos las enormes ventajas que representa para un país la conservación de sus recursos naturales en general y de su diversidad biológica (especies de plantas, animales y hábitats), en particular, también existe el temor generalizado de que no existen garantías suficientes para la preservación de las mismas de aquí al año 2000... y aún más allá.

A pesar de los esfuerzos privados y del Estado venezolano, aún no hemos sentado las bases que nos garanticen que en el siglo XXI no nos enfrentaremos a una crisis de pérdida de espe-

cies y hábitats naturales.

Aunque Venezuela posee la mayor parte de los recursos y talentos necesarios para jugar un papel ejemplar en la conservación de sus recursos naturales renovables, nunca hemos tomado la decisión como nación —ni hemos facilitado todos los recursos que se requieren— para tal empresa. Nunca hemos especificado objetivos a largo plazo sobre una agenda de acción urgente, ni manejado nuestros recursos de la manera más eficiente posible.

Propongo que debemos comprometernos para que en el año 2000 alcancemos el objetivo de ser el primer país del mundo donde se logre un pleno desarrollo a la vez que todas sus especies y representaciones significativas de sus hábitats queden preservados a perpetuidad. Dicho objetivo deber ser logrado a través de la identificación, protección y manejo de nuestros recursos naturales en un trabajo de coordina-

ción entre los sectores ciencia, gobierno y empresarial.

Ningún otro proyecto nacional en este período será de mayor relieve internacional para Venezuela, ni más importante para la conservación de la estabilidad, desarrollo y felicidad de nuestros compatriotas; pero ningún otro será más difícil de acometer, pues requiere un grado de dedicación, organización y disciplina el cual no siempre nos ha caracterizado.

Que quede claro que lo que propongo es que todos aceptemos un firme objetivo que nos conduzca en una nueva dirección de acción cuyos efectos tendrán caracteres históricos. No se me ocurre un pecado del cual más difícilmente podamos ser perdonados por nuestros descendientes que el no haber previsto y actuado apropiadamente para evitar la extinción de especies y hábitats que nosotros mismos heredamos de nuestros antepasados.